

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

57-58-59

ENERO-DICIEMBRE

1955

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

LIC. SALVADOR AZUELA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
Antonio Gómez Robledo	13
<i>Filosofía aristotélica del arte</i>	
Patrick Romanell	43
<i>Perfil del Neo-naturalismo norteamericano</i>	
Miguel León Portilla	57
<i>Existencia histórica de un saber filosófico entre los nabuas</i>	
Gregorio López y López	83
<i>La filosofía de los zapotecas</i>	
Isaías Altamirano	99
<i>Fenomenología de las vivencias de pudor y caricia</i>	
Oswaldo Robles	111
<i>Psicofisiología de la emoción</i>	
Matías López Chaparro	131
<i>Psicometría</i>	
Francisco Larroyo	139
<i>Psicología en primera, segunda y tercera persona</i>	
G. T. Nicotra di Leopoldo	153
<i>Los documentos científicos de la Atlántida</i>	
Amancio Bolaño e Isla	173
<i>El "paralelo de las lenguas castellana y francesa" del P. Feijoo</i>	
Sergio Fernández	189
<i>Iago y Herodes: dos formas de los celos</i>	
Marianne O. de Bopp	201
<i>Thomas Mann</i>	

	Págs.
Pedro Urbano González de la Calle	<i>Cómo citaban a veces los humanistas y . . . cómo no se debe citar</i> 215
Juan A. Ortega y Medina	<i>Consideraciones críticas acerca del volumen conmemorativo sobre el Plan de Ayutla</i> 251
Juan Hernández Luna	<i>Los precursores intelectuales de la Revolución Mexicana</i> 279
Vicente T. Mendoza	<i>La música en la época de la Reforma, la Intervención y el Imperio</i> 319
José Corona Núñez	<i>La arquitectura indígena del occidente de México</i> 345
Juan Feres	<i>Un capítulo de los Prolegómenos de Abenaldún</i> 357

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Robert Jay Glickman	<i>La bruma lo vuelve azul</i> . (Ramón Rubín) 367
Pedro Rojas	<i>La catedral y las iglesias de Puebla</i> . (Manuel Toussaint) 370
Pedro Rojas	<i>El plateresco en México</i> . (Luis MacGrégor) 372
Isaías Altamirano	<i>Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico</i> . (Gabriel Marcel) 375
Isaías Altamirano	<i>Cartas a la patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830</i> . (Carlos Guillermo Koppe) 378

	Págs.
Abelardo Villegas	<i>La filosofía en México.</i> (Leopoldo Zea) 382
Xavier Tavera Alfaro	<i>La Revolución de Independencia.</i> (Luis Villoro) 385
Rosa Klip de Bergman	<i>Técnica General de la Segunda Enseñanza.</i> (Ensayo Pedagógico. Angel Miranda Basurto) 388
Agustín Millares Carlo	<i>Las Actas de Independencia de América.</i> (Javier C. Griffin) 391
Agustín Millares Carlo	<i>Documentos de Indias.</i> Siglos XV y XVI. Catálogo de la serie existente en la Sección de Diversos. (Ma. del Carmen Pescador del Hoyo) 393
J. H. L.	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.</i> 395
J. H. L.	<i>Cátedra de Verano.</i> 403
J. H. L.	<i>Graduados en el año de 1955.</i> 405

EL "PARALELO DE LAS LENGUAS CASTELLANA Y FRANCESA" DEL P. FEIJOO

I

Una de las figuras más interesantes, en el campo de las letras españolas, es indudablemente el padre Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro. El que esto escribe sintió siempre por él una particular afección, que, si en la juventud no tuvo mayor razón de ser que la del paisanaje, harto débil e inoperante cuando se trata de aquilatar valores, en la madurez, con el estudio y lectura frecuente de su obra, se acrecentó la estima, y los rasgos del héroe se dibujaron en la imaginación con trazos casi gigantescos, no por lo que su obra representa en valores absolutos sino por lo que ella significa en una época de transformación, y crisis de actitudes y propósitos.

Creemos oportuno, en días tan críticos como los que él vivió, divulgar la figura cimera de este gran gallego que, en momentos de transición absoluta y deplorable ruina en muchos aspectos, eleva su voz desde la celda del monasterio de San Vicente de Oviedo para señalar a los españoles nuevos rumbos y fijar criterios de razón para la interpretación de hechos y fenómenos, hasta entonces tan simplistamente interpretados.

El campo de trabajo del padre Feijóo es tan grande que cada quien puede espigar en él según sus gustos y aficiones: Allí está el doctor Marañón comentando sus ideas biológicas; aquí tenemos a Millares Carlo poniendo de relieve su abundante bibliografía; en Francia, Delpy que en su obra *L'Espagne et l'esprit européen* y en su *Bibliographie des sources françaises de Feijoo*. (París 1936), señala bien científicamente la importancia y preponderancia del fraile de Casdemiro; y otra vez aquí en México, las fichas bibliográficas de Cecilio Pelaz Francia que abarcan un con-

junto de más de quinientos autores, ocupados en desentrañar y explicar tanto la vida de Feijóo como las ideas preponderantes de la obra feijoniana. Y, a pesar de todo, estos trabajos no son exhaustivos. Hay todavía muchos legajos que desempolvar. Esto nos demuestra cuan compleja y abundosa es la obra del monje benedictino.

Más todavía, creemos que para la juventud estudiosa mexicana de nuestros días, tan acuciosa en el estudio de las raíces de la mexicanidad, es fundamental el de la obra de Feijóo que es la que moldea definitivamente el pensamiento jesuítico del siglo XVIII, en donde hay que buscar el origen de esa idea de la mexicanidad (Vide Navarro B. "La introducción de la filosofía moderna en México". El Colegio de México, México, 1948). Por eso, con justa razón, escribió Rafael Moreno (Excelsior, 4 de marzo de 1951): "Nadie, ni Bacon, ni Descartes, ni Locke, ni Fontenelle ni el mismo Newton tienen tanta influencia en México como la actitud feijoniana."

Creemos pues, hacer una obra meritoria y de positivo valor para nuestros estudiantes al volver a incidir sobre las ideas feijonianas, base para una revalorización completa del siglo XVIII español, tan menospreciado y, sin embargo, de valor extraordinario.

La siembra que vamos a espigar en el campo de Feijóo es la de la lingüística. No podemos vanagloriarnos de ser los primeros espigadores en dicho campo. Antes de nosotros y en aportación valiosa "ha sido la realizada por Lázaro Carreter (1949) al detenerse en las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII". Para L. Carreter la primera figura es el padre Feijóo a quien considera aristotélico al tratar del origen del signo hablado, comentando otros temas interesantes que fueron preocupación del fraile benedictino. Dos años antes (1947) en el tomo XXXI de la "Revista de Filología española", pp. 140-154, comenta el mismo L. Carreter las ideas lingüísticas del padre Feijóo en "Los orígenes de las lenguas gallega y portuguesa, según Feijóo y sus polemistas". Pues bien, nosotros vamos a ocuparnos en el "Paralelo de las lenguas castellana y francesa" que tiene para nosotros, profesionistas de la lingüística, aspectos positivamente interesantes.

II

Bien sabemos que la publicación del "Teatro crítico universal" coincide con la aparición del "Diccionario de autoridades", hecho que, junto

"PARALELO DE LAS LENGUAS CASTELLANA Y FRANCESA"

con la creación de la Academia de la Lengua y de otras academias e instituciones del Estado; de los "Orígenes de la Lengua de Mayans y Sis-car que por primera vez publica el "Diálogo de la Lengua" de Juan de Valdés; de la "Sátira contra los malos escritores" de José Gerardo de Hervás y otros trabajos de carácter lingüístico, demuestran una preocupación general, en los círculos eruditos y académicos de la época, por la estética del idioma español, por el "buen uso", consagrado por los grandes valores literarios del Siglo de Oro.

Ahora bien, el nuevo espíritu de criticismo y las tendencias racionalistas, en general, del siglo XVIII español, parece casi superfluo apuntarlo, tienen su modelo en el desenvolvimiento intelectual y estético neoclásico de Francia — Filosofía de Descartes, Legislación literaria de Boileau, Codificación estilístico-gramatical de Malherbe y Vaugeías, etc., etc. España, la gran creadora en el campo literario y artístico, durante el Siglo de Oro, ha llegado lentamente al agotamiento espiritual, paralelo al desvanecimiento de su estrella en las esferas políticas y militares del mundo.

Con la llegada al trono de España de Felipe V, se abren las fronteras para las ideas y para las valoraciones filosófico-estéticas del pueblo galo. Sin embargo, la influencia francesa, la radicación cultural de la corte del Rey Sol en casi todas las actividades humanas, no se hace sentir de una manera particularmente vigorosa en España; es un fenómeno europeo universal y es bien sabido que el "afrancesamiento" no penetra tan profundamente en la península, como en algunos otros países, menos reacios a la asimilación de lo ajeno. La afirmación de Ortega y Gasset de que España ha saltado el "gran siglo educador" podrá parecer exagerada, sin embargo, no se puede negar que las nuevas tendencias científicas —racionalismo francés y empirismo inglés— encontraron resistencias en España más fuertes que en otros países vecinos de Francia. Y es que España ha sido y es, hoy como siempre, una de las naciones eminentemente creadoras e individualistas y, en gran parte, incapaz para la imitación hasta del patrimonio cultural común a nuestra civilización. Sin embargo, sería inútil tratar de negar la decisiva importancia que tuvieron los grandes científicos y eruditos del siglo XVIII español, como renovadores de los conceptos filosóficos y estético-literarios.

El "afrancesamiento", es decir, la "europeización", fue una necesidad, el único escape dentro del exagerado subjetivismo barroco en la literatura y en el arte en general. Pero creemos comprender el punto de vista de

Ortega y Gasset y afirmamos que el espíritu neoclásico y el racionalismo en la España del XVIII se reservaron como patrimonio de una élite reducida, fueron preocupación tan sólo de los "happy few". Bajo la superficie de la sociedad de los "ilustrados" sigue vigente el gusto barroco, especialmente en el teatro del primer tercio del siglo y bien pronto apuntará el prerromanticismo con Meléndez Valdés y Cadalso. Los sainetes de D. Ramón de la Cruz son bien clara prueba de que la tradición popular de Lope de Rueda y Lope de Vega —bien que un poco achulapada— no habían perdido su gran popularidad. Y, por lo que respecta al pueblo en general, el motín de Esquilache es harto significativo.

Hay que recordar además que el siglo XVIII europeo es el punto de partida de la división ideológica en España; división que es nota clave en el desarrollo histórico-político español durante estos dos últimos siglos; época de lucha (a mi parecer no terminada) entre las tradiciones nacionalistas tan firmemente arraigadas en el alma española y la influencia constante del pensamiento europeo. Digase lo que se quiera, los Pirineos siguen siendo una barrera espiritual bien difícil de salvar.

Con este preámbulo —a guisa de introducción— he tratado de fijar los términos del problema para que resalte la figura del insigne fraile. ¡Ahí es nada navegar contra corriente! Además de que queda explicado el hermetismo tradicional español y, por consiguiente, la relativa falta de comprensión para la obra de Feijóo y, como consecuencia, la feroz polémica que éste desató en torno suyo y cuyas armas fueron la sátira mordaz y hasta el insulto grosero. Pero es indudable que su obra tuvo una repercusión inmediata, mayor que en España— aparte de la apasionada crítica— en el extranjero y sobre todo, en el pensamiento de los dominios de la corona española: el pensar libre, y la defensa de la libertad de la razón propia tenían que ser gratos a estos pueblos que tanto anhelaban dicha libertad.

III

En comparación con la importancia indiscutible de la crítica del padre Feijóo en el campo de la medicina, de la física, de la filosofía y de la obra de ilustración en general, el discurso que he elegido puede parecer de bien poco peso, hasta imaginarnos ser más bien la recreación de un genio en descanso espiritual que un esfuerzo serio de Filología comparada. Sin

"PARALELO DE LAS LENGUAS CASTELLANA Y FRANCESA"

embargo, cabe subrayar que el fraile gallego, crítico por antonomasia, publicó su paralelo antes de nacer la filología moderna y, esto no obstante, quedamos gratamente sorprendidos al cotejar, p. ej., sus conclusiones lingüísticas con las de Unamuno y verificar puntos de coincidencia abundantes entre las teorías del fraile de San Vicente de Oviedo y las del sabio lingüista, Rector de Salamanca. Téngase en cuenta que la importante obra de Mayans y Siscar "Orígenes de la lengua española" no aparece sino hasta 1737. Indudablemente es este tratado o discurso una prueba más de la universalidad de su "Teatro" por el solo hecho de aventurarse en un campo tan difícil y desconocido como la comparación de dos lenguas modernas.

En la breve introducción al "paralelo", Feijoo encarece el objetivismo racionalista de su siglo, condenando tanto la actitud de orgullosa suficiencia de sus compatriotas, cuando se trata de los "adelantamientos en artes y ciencias" —son palabras suyas— como de la esclava y ridícula adaptación de costumbres y maneras extranjeras —sin otro mérito que el de ser extranjeras— de los "nacionistas o antinacionales" — como él los llama. Ya de esta pequeña introducción —bastante salada, por cierto— se desprende, además del afán objetivista, lo que pudiéramos llamar el *miedo* del hombre del XVIII a salir de su posición enteramente racional y de *justo medio*. Feijoo verifica claramente que el siglo racionalista español es de transición, de imitación; que el *neoclasicismo* español es un paréntesis entre el barroquismo y el romanticismo, verdadero regenerador de la fuerza creadora española.

En el segundo capítulo de su artículo, el autor hace una reseña de las principales obras lexicográficas y científicas, aparecidas en Francia durante el "Siglo de Luis XIV". La enumeración tiene, sin duda, cierta importancia, como orientación bibliográfica en la España de Feijoo, dominada por la filosofía escolástica en la enseñanza universitaria y en donde el estado de las ciencias naturales parece no había ido más allá del punto satirizado por Molière en sus comedias grotescas contra los médicos hipocráticos de su época. Actualmente es de interés para los biógrafos de Feijoo y para el estudio general de la influencia gala en el siglo XVIII español; pero cae netamente fuera del objetivo de nuestra discusión sobre las ideas lingüísticas del fraile gallego. El fin inmediato de Feijoo, al hacer tal reseña, era demostrar la utilidad del aprendizaje de la lengua francesa en su tiempo, y esto queda ampliamente demostrado.

En el capítulo tercero de su artículo, Feijoo empieza su discusión comparativa entre el castellano y el francés de su época. En otras ocasiones, gran admirador el autor de los métodos empíricos de la ciencia nueva, se pone, en este artículo, a filosofar de una manera, para nosotros, exageradamente inductiva. Se tiene la impresión de que Feijoo considera todavía la materia lingüística fuera del campo de toda ciencia objetiva y por lo tanto, sujeta, en gran parte, a la libre voluntad de los sujetos hablantes y a la legislación de los gramáticos. Cabe, sin embargo, recordar que los grandes gramáticos franceses del siglo XVII —en oposición a la escuela estética de la *pléyade*— sujetaron el idioma francés a una fuerte y hasta violenta depuración de elementos populares, vulgares y latinizantes, llevados a esta obra por influencias opuestas, tanto como el preciosismo floreciente y el racionalismo naciente. El espíritu racionalista cada vez más victorioso en el siglo neoclásico francés continúa imprimiendo su sello —tomando como ejemplo las tragedias grecofrancesas de Racine, con su vocabulario mondado como los árboles del parque de Versalles—, creando así el instrumento lingüístico que deberían usar los filósofos “ilustrados” de la escuela enciclopédica de la siguiente centuria, instrumento admirablemente claro y neto para el “pensamiento puro”, pero insuficiente para la expresión de los sentimientos desbordantes y el arte subjetivista de los románticos postrevolucionarios franceses. A pesar del hecho de que el idioma castellano, manejado y elaborado por Cervantes y estilistas de superabundancia y, a veces, embriaguez renacentistas —Lope de Vega, Góngora, Quevedo y Calderón—, siguió un camino exactamente opuesto al del francés clásico, el P. Feijoo no parece ver esta diferencia fundamental en el desarrollo histórico, cuando habla de la *propriedad* y de la *copia* (léase abundancia), de ambos idiomas. Pero debemos admitir que la proximidad cronológica induce a la miopía y repetir que el buen fraile no considera la lingüística como parte de las ciencias empíricas; además, es de suma importancia no olvidar que hasta el francés clásico, empobrecido y depurado de los elementos considerados “bajos” o vulgares, no pasa de ser un lenguaje convencional usado por los poetas, novelistas, dramaturgos, ensayistas, filósofos y sabios neoclásicos o volterrianos, coexistiendo con el habla popular más lujuriosa en su libre crecimiento, más polifacética en su expresividad y en su jugosidad no limitadas por las mentes clasicistas o intelectuálistas. Ya en Rousseau y Beaumarchais, se anuncia el estilo romántico,

"PARALELO DE LAS LENGUAS CASTELLANA Y FRANCESA"

la lucha por la libertad absoluta en la creación de nuevos valores literarios. No se puede negar cierto empobrecimiento en la intelectualización del estilo literario del siglo XVIII español, pero, como en otras esferas en que influye el espíritu neoclásico, estas tendencias no revisten la misma importancia que en Francia.

Claro está que, en primer lugar, el espíritu racionalista, por imitación ajena y por necesidad de la materia científica tratada, restringe el vocabulario en sentido intelectual que busca lo claro y universalmente inteligible, sacrificando lo subjetivamente artístico y todo rebuscamiento, tanto en vocabulario como en construcción gramatical.

A lo largo del siglo XVIII se manifiesta la intervención de la Academia española en materia lingüística; pero sin provocar empobrecimiento en el vocabulario. Se restringe la intromisión académica a leyes gramaticales y fonéticas en casos dudosos, pero gran parte de los vocablos gongorinos y quevedescos queda definitivamente incorporada al español moderno. En el teatro decadente —con algunas excepciones—, se nota el achulamiento madrileño en neta oposición al estilo intelectual académico. Fenómeno lingüístico paralelo a la lucha librada en el terreno ideológico-estético entre el "subsuelo" del alma popular y el "cerebralismo" de los clasicistas.

En su discusión de la *copia*, el P. Feijoo critica vigorosamente la introducción de voces ajenas al idioma español — se trata casi exclusivamente de palabras latinas y francesas. Parece claro que muchas palabras —caso de *remarcable* contra *notable*— son netamente superfluas y usadas más bien por *esnobismo* afrancesado que por necesidad alguna de vocabulario; pero la radiación de Francia es tan grande en toda la Europa del siglo XVIII que la contaminación es inevitable. Hasta el mismo P. Feijoo usa, a veces, galicismos tan crudos como *arribar*, *comandar*, *turbillonnes*. Sería completamente inútil negar que muchos galicismos no hayan enriquecido notablemente la expresividad del idioma español. Palabras y expresiones tan finamente buriladas por el genio intelectual y clarificador del pueblo galo como *discreto*, *galante*, *interesante*, *hacerse ilusiones* marcan un positivo adelanto para los idiomas que las han adoptado. Además, lo que no hace falta, por regla general, desaparece automáticamente, después de un efímero papel de huésped. En no pocos casos las voces cultas latinas, que ya tenían sinónimos españoles, no son del todo superfluas y han contribuído, con nuevos matices útiles al esplendor y

riqueza del idioma. Casos como *plática* y *práctica*, *respeto* y *respecto*, *afición* y *afección*. Por lo demás, continúa en todos los idiomas occidentales la aceptación, cada vez más intensa y natural, de voces científicas y cultas, latinas y griegas, y no se puede negar la necesidad y conveniencia de esta aceptación. Sólo sería de desear que se evitaran, en lo posible, creaciones de voces híbridas, tipo *teleprinter* que nada nuevo añaden y ensucian la belleza serena y clásica de nuestra lengua.

Cuando discute el P. Feijoo la armonía de los dos idiomas comparados, se le ve claramente situado en un plano agnóstico: "No sé cuál de dos cosas diga, o que no hay exceso de unos idiomas a otros en esta parte, o que no hay juez capaz de decidir la ventaja. A todos suena bien el idioma nativo y mal el forastero, hasta que el largo uso le hace propio." Después cita el caso muy discutido de las consonantes fricativas en español, portugués, francés y alemán. Para los lingüistas del siglo xx esta cuestión estética sigue siendo difícil; pero los estudios psicológico-lingüísticos que intentan un parangón entre idioma y carácter nacional, parecen dar frutos cada vez más apreciables. El español moderno —tanto como el español del P. Feijoo— está, fonética y gramaticalmente, mucho más cerca del latín que el francés. Por la situación geográfica de Francia, en el corazón de Europa, "le carrefour de l'Europe"; por el choque más intenso de los invasores germánicos y por el contacto fuerte y continuo con los pueblos sajones, en comparación con España, el idioma francés ha evolucionado más rápida y profundamente que el castellano. El papel que han jugado los diferentes sustratos celtas en ambos países es todavía difícil de desentrañar; pero está claro que Francia fue la gran propagadora del sentimentalismo céltico y también del concepto moderno del amor y de la mujer... Al subrayar Feijoo, hacia el fin de su capítulo, la armonía, la virilidad del español frente a la femineidad del francés, no está del todo equivocado. Claro que hoy nos parece algo infantil su manera de dar preferencia a lo viril, nada más que por ser viril. Sin embargo, esa su preferencia está en perfecta armonía con la tradición española. Sería de sumo interés una comparación fonética entre los dos idiomas, desde ese punto de vista. El maestro Navarro Tomás ha hecho algo en ese aspecto en su tratado de Fonología. La frecuencia de fonemas de determinado tipo en una y otra lengua, la abundancia de *ae* en español, por ejemplo, y de *ees* en francés podrían ser la causa de determinada inclinación hacia lo viril o hacia lo femenino.

"PARALELO DE LAS LENGUAS CASTELLANA Y FRANCESA"

Los sonidos velares —alemanes o españoles— pueden, sin duda, considerarse más propios del hombre que de la mujer. Todavía más significativo me parece el hecho de que el español tenga su escala vocálica retringida a cinco sonidos fundamentales, mientras que el francés moderno posee una gama de vocales mucho más rica y variada. Además, en el español domina la vocal más abierta y varonil: la *a*, mientras la *e* "femenina" es más frecuente que cualquier otra vocal en francés. Otras características de la misma índole serían la menor reducción fonética de la raíz latina, la adaptación de la *s* alveolar española, la conservación de la *r* vibrante múltiple —la *r* francesa, fricativa dorsal tiene su origen en la moda femenina de las "incroyables" del Directorio— y la falta relativa de elisiones y contracciones en español.

En el campo de la evolución morfológico-fonética, el español muestra la misma "rigidez masculina": el sistema verbal no se ha apartado tanto del modelo latino como el francés — terminaciones de ciertos tiempos del indicativo, conservación del infinitivo terminado en *ar*, gerundios en *ando*, *iendo*, etc.

Pruebas del carácter más sintético del español — y por consiguiente más arcaico en comparación con el francés— pueden alegarse copiosamente, considerando los diferentes desarrollos sintácticos de los dos idiomas: elisión de los pronombres sujetos en las formas verbales castellanas, orden de palabras más libre en castellano, menor tendencia de nuestra lengua a usar perífrasis para sustituir ciertos tiempos heredados del latín, uso del subjuntivo menos "intelectualizado", riqueza barroca del doble uso de los auxiliares *haber* y *tener*, *ser* y *estar*, etc. La virilidad —o mayor rigidez del castellano sin olvidar los azares históricos del desarrollo fonético de cualquier idioma— puede, en cierta medida, interpretarse como un fenómeno significativo del predominio masculino en la sociedad hispánica a través de los siglos. En las cuatro últimas centurias medievales —fonéticamente tan importantes en ambos idiomas— predomina en España la lucha contra los "infieles" mientras el nuevo concepto del amor y la mujer se desarrolla en el país transpirenaico. Además debe tenerse en cuenta la decisiva influencia árabe en España, que seguramente injertó el "espíritu oriental" en la raza hispana, netamente más austera y viril que cualquier otro pueblo neolatino. Las más profundas razones, lo repetimos, de lo que Feijóo llama armonía de un idioma, se encuentran, sin embargo, en el mismo accidente histórico de la lengua en cuestión.

Una observación típica de la infancia de los estudios lingüísticos nos hace el P. Feijoo en el mismo capítulo sobre la armonía: "Una ventaja —dice él— podrá pretender la lengua francesa sobre la castellana, deducida de su más fácil articulación. Es cierto que los franceses pronuncian más blando, los españoles más fuerte. La lengua francesa —digámoslo así— se desliza, la española golpea. Pero, lo primero, esta diferencia no está en la sustancia del idioma, sino en el accidente de la pronunciación: siendo cierto que una misma dicción, una misma letra puede pronunciarse o fuerte o blanda, según la varia aplicación del órgano que por la mayor parte es voluntaria. Y así, no faltan españoles que articulan con mucha suavidad, y aun creo casi todos los hombres de alguna policía, hoy lo hacen así." No debemos adoptar un tono de polémica dura contra un aspirante a la sabiduría universal —bello ideal de nuestros antepasados que no presentían nada de nuestro siglo de aisladora y colectivizante especialización— del venerable siglo XVIII. Nos limitaremos a observar que la *varia aplicación del órgano* no es tan voluntaria y que nuestro fonetista del siglo XVIII elude por la tangente el problema planteado, disertando sobre la buena educación de los sujetos hablantes, en vez de tratar de llegar a una conclusión objetiva sobre la suerte distinta de las masas fonéticas de los dos idiomas comparados.

En cambio puede aceptarse, en lo esencial, la afirmación de que "del mismo modo que la propiedad que algunos encuentran en las composiciones portuguesas, ya oratorias, ya poéticas para asuntos amatorios, se debe atribuir no al genio del lenguaje sino al de la nación. Pocas veces se explica mal, lo que se siente bien; porque la pasión que manda en el pecho, logra casi igual obediencia en la lengua y en la pluma." Se podría hacer notar que seguramente algunos idiomas tienen mayores posibilidades para dar expresión adecuada a determinados aspectos del pensamiento o de la vida afectiva del hombre. La investigación sobre estas cuestiones tropieza, aun en nuestros días, con grandes dificultades, y pertenece, tal vez, a futuras generaciones de "team workers" lingüistas la elucidación de estos problemas. Un estudio psicológico-lingüístico de los galicismos introducidos en el castellano, tendría, sin duda, que dar hartos informes interesantes sobre las deficiencias del idioma español a principios del siglo XVIII, y también nos diría mucho acerca de las diferencias entre los caracteres nacionales respectivos de los primos neolatinos de aquende y allende de los Pirineos.

La afirmación de que la lengua obedece a los sentimientos está confirmada por la sicología moderna, aunque el P. Feijoo parece olvidar el papel de intermediario u ordenador del pensamiento. El ejemplo citado del poeta Alano que sirve para demostrar el rápido cambio de los idiomas nos parece algo exagerado, especialmente tratándose de los neolatinos. Sin embargo, el espíritu criticista del siglo XVIII, con su culto a lo intelectual, razonable y universalmente aceptable es poco apto para apreciar y evocar las bellezas literarias y artísticas de los siglos pasados. En concordancia con su ideal de claridad y sencillez, debe haberles parecido a muchos intelectuales dieciochescos, hasta un estorbo pesado el viejo traje lingüístico, especialmente de la literatura medieval, caracterizado por la libertad y el desbordante subjetivismo en su morfología y sintaxis. Tenemos que esperar al romanticismo y, a veces, a la crítica del siglo XX para la revalorización del arte barroco medieval. Sin embargo, la filología, como otras muchas ramas de la ciencia moderna, tiene su origen en el siglo educador, época de dolores de parto, madre de la sociedad moderna.

En el capítulo V de su artículo, Feijoo trata de demostrar la riqueza relativa —en comparación con el francés y el latín— del vocabulario castellano. A pesar de su manera inductiva de apreciación, sin pruebas palpables, el autor acierta, sin duda, considerando el vocabulario castellano de principios del siglo XVIII más rico y más variado que el del francés y latín, por lo menos del latín clásico. Para apoyar su tesis el autor cita gran número de escritores y traductores españoles que han igualado o sobrepasado a sus fuentes o modelos clásicos. Claro está que no nos contentamos hoy con métodos "científicos" tan primitivos; pero nos interesa llegar a una respuesta a la pregunta que hace el autor, después de su demostración de la riqueza y variedad del idioma castellano: "En tanta variedad de asuntos —dice él— se explicaron excelentemente los autores referidos y otros infinitos que pudiera alegar sin tomar ni una voz de la lengua francesa. Pues, ¿a qué propósito nos las introducen ahora?"

En su larga discusión del afrancesamiento progresivo del castellano, Feijoo se deja llevar más bien por el afán didáctico-patriótico de demostrar la completa inutilidad de los empréstitos franceses, que por el deseo de hacer una investigación científica o psicológica sobre las causas probables o posibles del afrancesamiento del español de su época. Podemos aceptar sin comentario su reconocimiento de la utilidad y necesidad de

empréstitos mutuos entre los varios idiomas y su sorpresa ante la posibilidad de que el latín clásico se haya enriquecido con "algunos vocablos de la antigua lengua española", nos parece natural en un hombre que ha recibido la educación clásica de su época y contemplado siempre como modelo perfecto el idioma oficial de la Iglesia y de los pensadores romanos. El papel de madre de todas las otras lenguas que otorga al hebreo, preferimos tomarlo un poco en sentido figurado, aceptando, claro está, la deuda de los idiomas clásicos y modernos al lenguaje bíblico. Después de manifestar su desprecio por el esnobismo de las personas que sustituyen, sin necesidad alguna, por voces de otros idiomas las del suyo nativo, Feijoo cita tan sólo el caso del adjetivo *remarable*, comparado con la voz castellana *notable*, ya bien arraigada esta última en el idioma español. Además, dice que es propio de naciones vencidas y subyugadas aceptar el idioma del vencedor.

La defensa del patrimonio verbal castellano no nos parece natural y loable en el autor del "Teatro", "ya que la indiscriminada introducción y adopción de palabras francesas es un signo de decadencia y desprecio por la herencia transmitida de generaciones anteriores". Ya hemos considerado en la introducción a nuestra discusión del artículo de Feijoo las razones más manifiestas del afrancesamiento español —y europeo en general— en el siglo XVIII. La influencia política y la radiación literario-artística y mundana de la Francia de Luis XIV, el decaimiento político y el agotamiento de la fuerza creadora del pueblo español, el advenimiento al trono de España de la dinastía Borbónica, son hechos que nos ayudan a explicar la popularidad y adopción, como idioma de clase, por parte de la aristocracia e intelectualidad española y europea, del francés. Pero tenemos que reconocer que todas estas razones no bastan para explicar el fenómeno que Rivarol llamará más tarde "la universalidad de la lengua francesa". Tampoco es suficiente alegar el argumento de que "el hombre ilustrado" del XVIII abraza espontáneamente la idea de una lengua internacional, para poder satisfacer fácilmente su afán de saber y conocer. Aunque tenga mucho en su favor esta suposición, nos parece necesario completar esta argumentación "exterior" con ciertas razones netamente lingüísticas — aspecto "interior" de la cuestión.

En su defensa de las buenas cualidades del español, el P. Feijoo parece no ver una de las razones más importantes del poder de atracción del francés sobre sus contemporáneos. Hemos tratado de demostrar

“PARALELO DE LAS LENGUAS CASTELLANA Y FRANCESA”

que el español y el francés del siglo xviii siguen senderos opuestos, se alejan más el uno del otro. El francés se intelectualiza constantemente. La razón es el supremo juez también en cuestiones lingüísticas. En Francia se crea el instrumento lingüístico de “l’honnête homme” y más tarde de las escuelas filosóficas. Las cualidades fundamentales del carácter nacional francés obran casi sin obstáculos durante la época del predominio político de la “Grande Nation”.

Llegamos, paso a paso, al ideal lingüístico francés, expresado en la célebre frase: “ce qui n’est pas clair, n’est pas français”. El español, en cambio, en manos de escritores y poetas populares o barrocos aumenta su vocabulario y sus posibilidades expresivas. El estilo intelectual del drama calderoniano no constituye una excepción a la tendencia general, puesto que la materia misma, especialmente del *auto sacramental*, exige un estilo sobrio, elevado y arcaico. Góngora y Gracián muestran —en su necesidad de huir de la realidad—, que tienen un instrumento lingüístico, enriquecido esencialmente por la fuerza vital y creadora de los grandes escritores renacentistas del siglo xvi que les sirve admirablemente en sus extravagantes aventuras literarias. En lo político y en lo espiritual, las corrientes, en los dos países, marchan en sentidos opuestos al desarrollo lingüístico. Al norte de los Pirineos, hay acumulación de poder político e intelectual acompañada de sobriedad y restricción conscientes y, en cierta medida, libremente provocadas de los medios de expresión literaria y artística; al sur de la línea divisoria, se encuentra el mismo contraste de movimientos —pero en proporción invertida—, entre la riqueza de las posibilidades expresivas y el empobrecimiento en la vida material y en la fuerza intelectual y de creación artística.

España se ve forzada a dejarse penetrar de la influencia extranjera para poder salir de su estado de debilidad intelectual y de su barroquismo estético-artístico caricaturesco. Se podría hasta decir que España, por razones político-sociales había llegado a principios del siglo xviii a un agotamiento tal que casi formaba el vacío en la creación de valores intelectuales y artísticos europeos. Comparando únicamente a España y Francia, nos parece propio hablar de un juego cultural de *vasos comunicantes*. La Francia de Enrique IV y Luis XIII nos presenta, en grado bastante elevado, una falta de inspiración creadora que explica la fácil imitación de obras literarias españolas, antes de establecerse firmemente los ideales neoclásicos, o sea el período formativo del “honnête homme”

Las guerras de religión y el agotamiento consecutivo no pudieron llevar, sin embargo, a Francia al barroquismo que es en sí un fenómeno espiritual netamente antifrancés, pero sí al neoclasicismo, que representa la vuelta a los ideales renacentista. Tal neoclasicismo no crea el clima espiritual de desbordamiento juvenil de apetitos desenfrenados, de entusiasmo iconoclasta. Los neoclasicistas son, por regla general, conservadores realistas, cansados y asqueados de las pasiones y del subjetivismo del siglo anterior. El siglo de Luis XIV representa sobre todo "la mesure", lo discreto, lo antisubjetivista, lo universalmente aceptable y aplicable en todos los campos de la vida y de la civilización. Y cuando cambia el clima espiritual en la enorme contorsión revolucionaria del siglo siguiente, una de las profundas razones será que los pensadores del siglo XVIII francés sobreestiman el aspecto racional del hombre, creen en la omnipotencia de la razón humana. Tal vez en el siglo XX se llegue al equilibrio entre lo subjetivo y lo científicamente comprobable o relativamente objetivo.

La España del siglo XVIII no pudo escapar a la influencia francesa general —toda Europa se sometió a ella—, porque es la centuria de bajar intelectual y artística en España. Ni los recuerdos del Siglo de Oro, ni las altas cimas pirenaicas pudieron servir de dique a la pleamar de la cultura francesa. El pueblo español heroicamente independiente, genéticamente orgulloso, naturalmente agregario, reacio a toda imitación no tuvo más remedio que sucumbir; fue inundado por lo francés e imitó y copió y se afrancesó políticamente, artísticamente, socialmente y, por ende, lingüísticamente. Porque los fenómenos lingüísticos no pueden explicarse aisladamente, son un aspecto dentro del afrancesamiento general. Sin embargo, nos parece altamente probable que haya ciertas razones específicamente lingüísticas que jueguen un papel determinado, aunque menos importante que las razones alegadas de carácter político, social y psicológico.

El P. Feijóo tiene razón, al hablar de la riqueza del vocabulario, cuando atribuye cualidades y posibilidades para la creación artística a nuestro idioma, cuando exalta patrióticamente los grandes valores literarios españoles del Siglo de Oro y acierta también esencialmente cuando explica la imitación del francés como un esnobismo de los "nacionistas". No obstante, iremos que una de las razones lingüístico-psicológicas se encuentra en la mayor "propriedad" del idioma francés, como vehículo

"PARALELO DE LAS LENGUAS CASTELLANA Y FRANCESA"

del pensamiento científico de la época. El francés del siglo XVIII es el idioma intelectual por excelencia, creado para la expresión de ideas claras, cuya misma pobreza relativa constituye una ventaja. El espíritu del XVIII busca lo claro, lo sencillo, la expresión intelectualmente elaborada, busca la definición y rechaza la descripción. Y, en este sentido, por su misma pobreza y claridad, satisface, más que cualquier otro idioma, a cualquier intelectual de la época. El francés es la lengua que corresponde mejor que otra cualquiera a la sensibilidad del siglo educador. Muchos países europeos introdujeron definitivamente palabras francesas por necesidad absoluta, por falta de términos adecuados, especialmente los idiomas germánicos y el ruso. El español acepta palabras francesas, en primer lugar, por moda; en segundo lugar, por esnobismo de los pseudo intelectuales; en tercero, por pereza síquica, y en cuarto y último, inconscientemente, por la identidad etimológica de muchas palabras de origen latino, coexistentes en los dos idiomas. Pero no se pueden perder de vista las razones lingüísticas ya apuntadas para explicar debidamente la popularidad del francés en el siglo XVIII. Además de las razones exteriores y de las razones lingüísticas apuntadas arriba, puede haber otras, sicológico-estéticas, más difícilmente comprobables. Una investigación objetiva acaso mostraría que el idioma francés clásico, además de la "propriedad", claridad y restricción a lo necesario, ejercía una atracción por su *elegancia*, basada esencialmente en su riqueza fonética, en su claridad gramatical, en su carácter analítico y en su fácil aprendizaje por haber rechazado la parte superflua del vocabulario.

Finalmente, queremos expresar la duda de que un estudio comparativo entre dos idiomas pueda hacerse de una manera verdaderamente objetiva, por lingüistas que poseen, *a nascentia*, uno de los idiomas en discusión. Nos parece que el verdadero objeto del P. Feijoo, en su "paralelo" entre el francés y el castellano, es más bien demostrar que el castellano posee todo lo necesario para servir como lengua literaria y científica y la superfluidad de asimilar vocablos y formas ajenas a la propia lengua. En su manera algo combativa y didáctica de rechazar el "afrancesamiento" creemos ver el espíritu dieciochesco, más bien propagandista que puramente científico o crítico. El artículo tiene, sin embargo, un gran interés desde el punto de vista de la historia del idioma español y viene a ser como el signo de la naciente preocupación por las cuestiones lingüísticas de parte de los intelectuales del siglo XVIII.

A M A N C I O B O L A Ñ O E I S L A

Sabemos muy bien que todo lo dicho no es sino un esbozo preliminar al que todavía falta una documentación sobre las ideas lingüísticas anteriores al P. Feijoo. Falta, además, un ordenamiento más firme y lógico de las ideas criticadas, así como una mayor concentración alrededor de los puntos más importantes. Nos reservamos un examen más concienzudo de la materia en cuestión que dé mayor fuerza a nuestras apreciaciones.

AMANCIO BOLAÑO E ISLA